

## **LAS JORNADAS UNIVERSITARIAS POR LA DEMOCRACIA Y LA CULTURA POLÍTICA**

**JOSÉ WOLDENBERG**

*Consejero Presidente del instituto Federal Electoral*

*Discurso pronunciado en la inauguración de las Jornadas Universitarias por la Democracia y la Cultura Política, el 14 de abril de 1997 en la UNAM. Título de la Redacción.*

Me da mucho gusto estar nuevamente aquí, con todos ustedes. Estando en este Auditorio, entre mis antiguos colegas, tengo la sensación de que no me he ido del todo. Yo ingresé a la universidad por las puertas de la Preparatoria 4 en el lejano año de 1967, y desde esa fecha en adelante he vivido entre universitarios: primero como estudiante, luego como ayudante de investigador, y finalmente como investigador y maestro de tiempo completo. La única vez que me he separado de la Universidad fue hace apenas tres años, en 1994, cuando pedí licencia para laborar en el Instituto Federal Electoral inicialmente como Consejero Ciudadano, y ahora como Consejero Presidente. Aún así, puedo asegurarles que mi boleto de ausencia tiene retorno.

Estando en confianza, quiero decirles que a la distancia he valorado doblemente el monumental acervo cultural y moral que tienen las Instituciones de Educación Superior en México. Se habla mucho de que las universidades son templos de la sabiduría y domicilios de la verdad, pero poco reflexionamos sobre los valores que aquí se cultivan y que al salir de las aulas luchan por implantarse en la realidad cotidiana del mundo externo.

Una de las frases más afortunadas del político y pensador mexicano Jesús Reyes Heróles nos dice que en las universidades se debe enseñar a pensar, en lugar de enseñar a creer. Y digo que es una frase, afortunada por su buen tino y su lucidez, ya que acierta a mostrar en pocas palabras la enorme tarea que han desempeñado las universidades a lo largo de la historia: una misión que consiste en abrirle paso al pensamiento racional en esa selva de dogmas, prejuicios, mitos, convencionalismos, creencias, quimeras, tradiciones y supersticiones que constituyen la materia prima del pensamiento común de nuestras sociedades. Al defender a la razón como la llave del conocimiento, las universidades han reivindicado la autonomía del pensamiento y la libertad de conciencia, y con esos principios han abierto las puertas a una investigación múltiple, diversa y extraordinariamente ramificada.

En la universidad coexiste una enorme variedad de teorías, un gigantesco abanico de hipótesis, métodos, técnicas, principios, propuestas y puntos de vista, que al abrirse plantea la existencia de una pluralidad de opciones que debe ser vista como catalizador y no como estorbo para el conocimiento. Gracias a esta pluralidad de opciones, los estudiantes que llegan a las aulas de educación superior se acostumbran al diálogo como método para conocer posturas y reconocer diferencias, y gracias a ese método pueden llegar a entendimientos y acuerdos, a la creación de equilibrios y a la generación de consensos. Por este camino, también, los estudiantes aprenden a respetar las opiniones diferentes a las propias y, lo que resulta mucho más importante, también aprenden a respetar a las personas y a los grupos que las sustentan. Por eso, porque en estas aulas se convive con una pluralidad de ideas que se discuten en diálogos francos y abiertos, estoy convencido de que las universidades son un yacimiento inagotable para la naciente democracia que vivimos en México.

En el campo de la política y los procesos electorales hablamos de términos que resultan muy familiares para los universitarios. En el Instituto Federal Electoral nuestros principios son la autonomía, la transparencia, la legalidad, la imparcialidad y la objetividad. Querernos una contienda justa, un voto libre y unos resultados verdaderos. Aspiramos a una sociedad que reconozca su pluralidad, que respete las diferencias y que resuelva los conflictos y las discrepancias mediante el diálogo y los comicios, y jamás mediante el enfrentamiento y la violencia.

El proceso de independencia que ha vivido el Instituto Federal Electoral no es ajeno a estas aspiraciones. Gracias a la reforma electoral que se llevó a cabo el año pasado, el poder Ejecutivo Federal y la Secretaría de Gobernación ya no tienen presencia en el organismo que toma las decisiones del Instituto, y los representantes del Poder Legislativo participan en las discusiones pero no tienen derecho a voto. Lo mismo sucede con los representantes de los partidos políticos, que tienen derecho a voz pero que no participan en las votaciones. De esta manera, los únicos que tienen derecho a voz y voto como autoridades electorales son los ocho Consejeros Electorales y yo mismo, quienes constituimos las nueve autoridades electorales que fuimos elegidas por el acuerdo de las fracciones parlamentarias en el Congreso y por el consenso de todos los diputados. Se trata de una fórmula novedosa, en la que los Consejeros con poder de decisión no tienen vínculo alguno con los partidos políticos, pero se ven sometidos constantemente a su escrutinio y al bombardeo de sus argumentos y exposiciones.

En los Consejos Generales del Instituto todas las decisiones sobre el proceso electoral en curso se discuten en público, y en este intercambio de ideas que muchas veces se extiende durante varias horas hemos reconocido que los fundamentos del diálogo son el respeto y la reflexión. Hemos aprendido que, para construir la democracia que queremos, tenemos que volver a lo más elemental: pensar con libertad, saber escuchar, considerar todos los argumentos, reflexionar sobre las diferentes opciones. Es decir: introducir en el quehacer político lo que en la universidad es costumbre.

La importancia de las elecciones que tenemos en puerta es evidente desde todos los puntos de vista: se trata de unos comicios que son el estreno de una autoridad electoral mucho más autónoma; que involucran una mayor equidad en las condiciones de la contienda; que cuenta con nuevos elementos para la defensa de los derechos políticos de los partidos y los ciudadanos; que desembocarán en una fórmula mucho más justa de representación en el Congreso y, por si esto fuera poco, que representan la primera elección universal, directa y secreta del jefe de gobierno del Distrito Federal.

Para estas elecciones contamos con partidos consolidados y con la suficiente fuerza como para representar a sectores muy amplios de ciudadanos; con candidatos reconocidos en la arena pública y con gran arraigo entre la población; con campañas que tienen los suficientes recursos como para difundir sus plataformas por todos los medios, y con una competencia que se avizora muy cerrada, cuyos resultados son hoy inciertos para todos.

Ante este panorama, el IFE y la ANUIES han unido esfuerzos para convocar a estas jornadas Universitarias, con el fin de divulgar lo más ampliamente posible los derechos y los deberes de los ciudadanos y los valores primordiales de la naciente cultura democrática.

Como consejero Presidente del Instituto Federal Electoral quiero manifestarles que en la institución que presido estamos comprometidos en lograr unas elecciones limpias, transparentes, imparciales y confiables; que estamos ciertos de que esta tarea es de capital importancia para recuperar la confianza perdida por los acontecimientos que han sacudido al país en los últimos años; y que sabe que la sociedad ha refrendado en los hechos que el único camino para resolver las diferencias políticas que tenemos está en las urnas y no en las armas.

Finalmente, como profesor universitario con licencia, quiero agradecerles la licencia de haber vuelto a estar en casa.

Muchas gracias.